

rebatarle de la mano las palmas que victorioso de sus ardidés conseguía: pero el Señor que quería quebrantar las fuerzas del maldito, y coronar la humildad de su siervo, le comunicaba superior esfuerzo para que pelease valeroso, y vurlándose de las astucias infernales, resistiese á su maligno poder, y llevase el laurel de la victoria.

CAPITULO XVII.

Tentaciones que contra la pureza le acometian, y como salia victorioso de ellas.

104. ¡Vergonzoso baldon de los miserables hijos de Adán! ¡Infausto presagio de su suerte con que salen á la luz de este mundo! Esclavos forzosos de aquella primera culpa que los hizo reos de una multitud de calamidades y miserias, se ven obligados á gemir siempre hasta el fin de su mortal carrera baxo el pesado yugo de su carne, y arrastrar la dura cadena de sus pasiones, rodeados de enemigos, y en medio de un mundo todo lleno de lazos y tropiezos. Que rebeliones, que ímpetus de aquel enemigo inevitable que nace con el hombre, con el hombre vive, y nunca se separa hasta morir con el hombre! A tan fatal compañía se mira el hombre sujeto, qual es la de su propia carne, que adversaria del espíritu, y el espíritu adversario de la carne estan siempre en

continua lucha, que dura tanto como la vida, y solo acaba con la muerte. Los enemigos de nuestra salvacion que siempre estan velando para solicitar nuestra ruina, hallan facilmente cabida, y acometen al hombre por este flanco, que es la parte mas débil en el castillo de nuestro corazon, y valiéndose de la misma flaqueza de nuestra carne nos hace continua guerra, y aplica todo el estudio de sus asechanzas por medio de las mas fuertes sugestiones para vencernos. Es esta la guerra mas continua, y la mas peligrosa que padecen, principalmente los justos, porque en ella se vale el demonio de los mismos impulsos de la carne, la qual aun los que la tienen mas sujeta á penitencias, disciplinas, cilicios, ayunos, y vigiliás, la sienten á cada paso amotinada contra el espíritu. Por esta parte echó el resto de sus astucias el comun enemigo para derribar la constancia de aquel campeón invicto, á quien no habia podido rendir por otras partes diferentes.

105. Para probar, pues, su fortaleza permitió el Señor que aquel feo y sucio espíritu de la lascivia que combatió en la Tebayda contra el célebre Antonio, refinase aquí la batería contra este otro primer Pablo del desierto de Chalma, arrojándole centellas de inmundos y abominables pensamientos, que como brasas del infierno encendian llamas de torpes objetos en su casto co-

razon; turbaban el alma, conmovian el cuerpo, é inquietaban los sentidos. Mas viendo su resistencia el enemigo, y su valor incontrastable, añadia multitud de varias imaginaciones que él sabe disponer y maquinar con tal artificio y tal destreza, que quien no está muy sobre sí, quando menos se piensa, se halla con el corazon sino vencido, asaltado por lo ménos de tantos enemigos de la pureza que no sabe que hacerse, ni adonde retirarse; porque como no puede huir de sí, tampoco puede excusar el combate que hace la carne asaltada al espíritu, y la imaginacion ocupada al alma. Pero el siervo de Dios hacia con el demonio lo que un capitán diestro y esforzado con el enemigo que con fuerza le asalta la plaza; que á cada golpe de combatientes opone otro de defensores, á cada invencion de fuego, ocurre con otra opuesta, velando siempre para no dexarle ganar en la fortaleza ni un palmo de tierra.

106. Así este esforzado y veterano soldado de Cristo oponia pensamientos á pensamientos, representaciones á representaciones, y poniéndose de rodillas delante de la sagrada imagen del Santo Cristo se humillaba y confundia, desconfiando de sí, y pidiéndole esfuerzo con su soberana asistencia. Al fuego de la torpeza oponia la consideracion del fuego eterno, diciendo: que un sucio deleyte de un instante se

pague con pena eterna! Que me ofrezca el demonio un inmundo placer que pasa en un momento, y despues de pasado no dexa mas que remordimientos en la conciencia, tristeza en el alma, vergüenza al confesarlo; y que me inste este enemigo á que yo consienta! Despues levantaba los ojos á Cristo crucificado, y veíale hecho un retablo de dolores, lleno de llagas, de azotes, de espinas, de hieles y amarguras, y con suspiros y clamores del alma le decia: ¿cómo mi Dios, y todas las cosas? ¿Cómo mi bien y mi amor casto y puro? ¿Que esté vuestro inocente y virginal cuerpo tan atormentado y lleno de dolores; y que queria mi cuerpo deleytes y gustos prohibidos? ¿Que pagueis vos, Señor, á tanta costa en vuestra inculpable carne las culpas de los hombres; y que quiera mi desordenado apetito que yo las cometa para volveros á atormentar con ellas? Que haya yo de ofender con mi cuerpo á quien tantas veces me ha dado á comer y gustar el suyo en el Sacramento? ¿Que haya Dios hecho altar en mi pecho quando por la sagrada comunión entra en él, y que quiera el espíritu inmundo que yo de lugar en él al ídolo de Venus? ¿al centro de la inmundicia? ¿al que es la sentina de las torpezas? Y qué, ¿al hijo de Maria, vírgen y madre de pureza suma, y del casto amor, he de trocar por el padre de la lascivia, y de deleytes

inmundos? ¿No, no espíritu sucio; no, no torpe apetito: no vendo yo á Dios tan barato: no quiero yo tan mal á mi alma que la ferie por un deleyte tan vil: no estimo yo en tan poco á mi cuerpo que lo condene á fuegos eternos por gustos que no duran mas que un momento. No valeis vos, mi Dios, delicias de mi alma y amor de mi corazón, no valeis tan poco, que os haya de vender por quantos gustos y deleytes hay en el mundo, aunque me importara mil vidas.

107. Con estos pensamientos y santas meditaciones, ayudado de la gracia de Dios, (sin la qual nada podemos, y en esta materia no solo no podemos nada, sino que nosotros mismos podemos mucho contra nosotros) rebatia fuertemente estos horrorosos asaltos, que fueron de los mayores que ha padecido hombre alguno. Pero los últimos esfuerzos, (como el decia) y de que se valió mucho para salir vencedor del todo fué la humildad, confundiéndose y anonándose delante de Dios, conociendo su miseria, su flaqueza, y quan poderosa era su misma carne, si el enemigo se valia de ella para derribarlo, si el Señor con su poderosa gracia no le ayudaba. Despues de la humildad, la oracion humilde y confiada en que pedia á Dios, que sabia sus pocas fuerzas, se las diese para no ofenderle, y para no amancillar la castidad que tanto amaba y encomendaba en sus

siervos. Con unas y otras diligencias, y con la aspereza de vida que ya hemos visto, con la abstinencia y vigiliass que ya quedan dichas, experimentó no solo ningunas quiebras en la pureza de alma y cuerpo, sino tambien muchas medras, sacándolo el Señor á paz y á salvo de estas batallas, las mas fuertes y arriesgadas que padecen los siervos de Dios, con muchos merecimientos adquiridos en ellas.

108. Pero observó el santo varon en estos combates un ardid astuto del enemigo de la castidad, qual era, el que viendo que no podia rendirlo á los esfuerzos que ponía, hacía que se retiraba de él, y como dándose por vencido, lo dexaba del todo por algunos dias quieto y en paz, para que dándose ya por libre y seguro de sus asaltos, se descuidase y afloxase en las prevenciones contra la lucha; y quando mas tranquila se hallaba su alma de pensamientos inmundos, y su cuerpo mas quieto de movimientos sensibles, daba el enemigo de repente sobre él; y con estar su cuerpo tan extenuado y sin fuerzas por el rigor de tanta austeridad como observaba, con todo eso sentia en su carne un desordenado fuego, que derramándose por todo el cuerpo prendia como alquitran, no solo en los sentidos, sino tambien en las potencias del alma, despertando en la memoria las especies de objetos lascivos, que ya muchos

habia que tenia olvidados: en el entendimiento representaciones de imágenes tan feas y deshonestas, que parecia (como afirmaba de sí S. Gerónimo) que las veia con los ojos del cuerpo: en la voluntad movimientos tan desordenados, que aunque conocia quanto le desagradaban, no podia desprenderse de ellos, porque al paso que procuraba resistirlos y atajarlos, á ese mismo paso volvía á encenderlos mas y mas el maligno, sin dexarle sosegar un momento; y aunque se afligia y agonizaba entre mortales congojas, no podia verse libre de los rigores vehementes con que aquel ángel de Satanás tan crudamente y sin cesar le abofeteaba, como se lamentaba el Apóstol. Acudia á la disciplina, cilicio, ayunos, oracion y jaculatorias ordinarias, que en él (respecto de otros muy penitentes y devotos) pasarán por muy extraordinarias. Pero el demonio, que (como dice S. Pedro) ni se duerme, ni se cansa de hacernos daño, y de procurar nuestra perdicion, y que como leon sangriento busca por todos caminos por donde acometernos y despedazarnos, atizaba mas y mas el incendio, abrasando el cuerpo en movimientos impuros, y ofuscando al alma con representaciones lascivas que la llenaban de las mayores aflicciones.

109 Aquí, pues, considerando el siervo de Dios que ya esta demasía y desorden tocaba con-

tra la pureza de fé, que habia prometido al Señor de guardar su castidad sin ninguna mancilla ni desdoro, volviendo el enojo contra si mismo con una santa indignacion, y acordándose de algunos hechos de extraordinario rigor y crueldad que algunos santos executaron contra sus cuerpos para rebatir al demonio en semejantes conflictos, como un S. Benito que se revolvia desnudo entre las espinas, un S. Francisco que se acostaba desnudo sobre brasas encendidas, y tal vez sobre la nieve, y un S. Juan Bueno del orden agustiniano, que se hincaba agudísimas púas entre las uñas, y golpeando con ellas sobre una peña, se le penetraban hasta quedar desmayado con la viveza del dolor, un S. Macario que entraba la mano en el fuego hasta tostársele la piel, para apagar con el dolor que ocasionaba este incendio, el que se encendia en su cuerpo con las llamas de la sensualidad. A vista, pues, de estos exemplares de heroismo, executaba este varon fuerte en su penitente los mas crudos rigores: unas veces con semejante animosidad á la de aquellos, entraba un dedo de la mano en el vivo fuego, y lo tenia en él hasta que el intolerable dolor de la llama mitigaba el insufrible ardor de la impureza, otras veces entraba toda la mano, otras tomaba una vela de cera encendida, y sobre los brazos desnudos echaba las gotas ardiendo, y de esta manera con

un fuego apagaba otro fuego; otras veces mientras duraban estas ardientes llamas acarreaaba piedra y arena, y la subia en hombros desde el rio que corre por lo profundo de la barranca hasta las cuevas, que es una altura desmedida y muy colgada, como saben los que la han visto; otras se ocupaba en acarrear tierra de media legua de distancia en la fuerza del sol del medio dia, abrasándose con el ardor de sus rayos, y ofreciendo á Dios y à Maria nuestra Señora la salud ó la vida, si fuese menester, por conservar intacta y sin ofensa la hermosa virtud y candor de su pureza; y en estas idas y venidas gastaba gran parte de tiempo, asesando y ahogando con el peso de la carga, lo fogoso del sol, y lo fragoso del camino, hasta que corrido el demonio cesaba de estimularle con el molesto aguijon de su carne. De este modo salia victorioso de las invasiones del enemigo aquel famoso guerrero, sin lesion ni menoscabo de su candida pureza. Y si los ángeles en el cielo hacen fiesta, como dice el evangelio por la conversion de un pecador; ¿qual será el regocijo que les asista al ver el triunfo de un justo por la defensa de aquella virtud que á ellos caracteriza?

110. De resultas de estos rigores que en sí executaba, sucedia (como afirmaba su compañero Fr. Juan de S. Josef) quedar tan adolorido de

la mano que se habia abrasado, que tenia que padecer muchos dias; aunque él solia decir con donaire, que le habia quedado la mano muy saboreada de haber triunfado de ella del espíritu de la lascivia. Refierese de la madre de Claudio Romano, que viendo á su hijo coxear de una pierna que sacó herida de una batalla en defensa de su patria, decia gloriándose, que nunca habia dado para ella su hijo pasos con mas garvo y ayre que aquellos: ¿pues que diria acá de este hijo suyo la madre de la pureza y madre suya la Reyna de los Cielos, viéndole que del peso de tanta carga, de las subidas y baxadas al cerro, de las idas y venidas en el acarreo de tierra no podia mover el cuerpo, y de lo abrasado de la mano, no podia usar los dedos que tenia lastimados por defensa de la castidad? Diria sin duda esta divina Señora, que jamas le habia parecido aquella diestra tan fuerte, ni aquel cuerpo mas esforzado, que quando postrado este, y valdía aquella, no la podia mover en resulta de haber defendido el bando de su virginal pureza.

111. Aunque con estos triunfos quedó el santo varon, mediante la ayuda de Dios y de su Madre Santísima, victorioso de su enemigo, no por eso se dió por seguro, ni se descuidó en la vigilancia que observó siempre; ni el demonio (aunque ya no con la fuerza que hasta entónces)

cesó de molestarle. Haciale este maligno burlas muy pesadas, y dábale malos tratamientos para atemorizarlo, ya que no podia otra cosa; pero armado de fé el siervo de Dios, y haciendo la señal de la cruz ahuyentaba al demonio. Y aunque no consta quales fuesen en particular estas burlas y malos tratamientos, débese inferir probablemente, que se le aparecia en figuras espantosas el enemigo, ó lo perseguia con demostraciones claras de su odio y de su rabia, pues no podian faltarle al siervo de Dios estos inmediatos ataques con tan maligno adversario, à quien le hacia tan cruda guerra con su santa vida, y con lo heroico de sus virtudes.

112. La relacion que acaba de darse de estos horrorosos combates que padeció el siervo de Dios en materia de castidad, puede servir ya de consuelo à los tentados y afligidos del enemigo por la guarda de esta virtud heroica; ya de escarmiento y aviso à los que no siendo tan santos, tan penitentes, ni tan mortificados como este exemplarísimo varon, se aseguran tanto persuadidos de haber dado à esta virtud los últimos y mas subidos quilates. Si en el árbol verde y frondoso de virtudes tan sublimes, y plantado cerca de las corrientes de tantas gracias y divinos favores, hizo tanta impresion el fuego de la concupiscencia, ya que no en el alma, por lo ménos en la parte

sensitiva del cuerpo, como hasta aquí tenemos visto; ¿que hará este incendio activo en los leños secos y esteriles, sin jugo ni verdor de virtud, ni raices de firmeza y constancia? Es para hacer temblar aun à los cedros del Líbano de la perfeccion. Si un hombre de tanta oracion, de tanto retiro, de tanta austeridad, de una vida tan mortificada y penitente, de tantos dones y gracias del Cielo, tan recatado y tan atento y cauto en el trato de las mugeres que ni osaba mirarles à la cara, aun quando la caridad ó la necesidad le obligaba à comunicarlas; si este, pues, tan penitente varon, y tan zeloso custodio de su pureza, llegó à verse en tan terribles aprietos de feas y torpes tentaciones por tanto tiempo, y en edad tan crecida, y salud tanquebrantada; ¿que deben esperar los que no son tan santos, ni tan penitentes, ni tan retirados de los bullicios del mundo? Pero esto baste, y cada uno segun su estado procurará mirarse en este espejo de virtud y perfeccion para imitarles; y pasemos ya à contemplar à este varon ilustre en los últimos pasos de su mortal carrera, acabando el último instante de su vida con una dichosa muerte, à que le hicieron paso seguro sus virtudes.